

Víctor Omgbá

# Callejón sin salida

*El dilema de un inmigrante*

Traducción de Marisa P. Molina

ONG Equus Zebra

# I

**D***ebían de ser las cuatro de* la tarde de un día invernal. El avión procedente de su país natal giró entre las espesas nubes grises cambiando el rugido de sus reactores. A través de la ventanilla podía apreciar algunos puntos estratégicos de la fantástica ciudad de Madrid.

Al descender del aparato fue conducido, a través de un largo pasillo, hacia una sala de espera atestada de viajeros impacientes con la expresión confundida entre el cansancio y la alegría. Antoine Joseph N. echó una mirada a su alrededor como si buscará a alguien y aguardó en silencio entre el murmullo de la multitud, entrecortado por los avisos de los altavoces, a que su maleta apareciera en la cinta transportadora.

De repente, al otro lado del cristal, en dirección a la salida de viajeros, una mano que se agitaba con la intención de hacerse notar, llamó su atención. El que la agitaba era un hombre joven, de unos treinta años, de estatura mediana, de hombros caídos y con la espalda algo encorvada. Llevaba enormes gafas de concha de gruesos cristales.

Nunca había visto unas gafas tan grandes. Se acercó a la

mampara con mirada inquisidora y reconoció a su amigo Gabriel; iba muy elegante. Lucía un traje azul marino de corte impecable que parecía nuevo; la camisa que asomaba por debajo de la chaqueta era azul celeste de la que sobresalía, a su vez, el nudo exagerado de una corbata de colores chillones.

El viajero correspondió a su saludo y esbozó una brillante sonrisa.

Las facciones de su cara se iluminaron. Era la primera vez que sonreía lo que contribuyó a quitarle unos cuantos años de encima y a borrar de un plumazo la escarcha de angustia que le había acompañado hasta aquí.

Tenía razones para mostrarse alegre y aliviado. Había viajado asediado por un coro de preocupación, por el sentimiento típico del viajero que va hacia tierras desconocidas y se pregunta si sería bien recibido o si le esperaría alguien. A la preocupación se había sumado esa otra imagen de su madre al despedirse de él con la voz entrecortada por los sollozos, la cara bañada en lágrimas, haciéndole miles de recomendaciones que acabaron confundiéndonle de tal manera que al subir al avión no tuvo suficiente coraje como para mirar hacia atrás.

Se alegró de ver que los años no habían conseguido cambiar el aspecto de Gabriel.

Recordó que hacía unos ocho años que no se veían. Tenía presente lo que representaba Gabriel para él. Le consideraba como un hermano. Habían crecido juntos en el mismo barrio, habían asistido juntos a la misma escuela, modesta escuela que parecía estar viendo ahora, con las severas caras de los maestros, la negra y desgastada pizarra en la que las rayas de la madera se confundían con los trazos de tiza blanca; le parecía recordar al cerrar los ojos que estuviera tocando los raídos pupitres, que estuviera oyendo el tintineo de la campanilla anunciando el recreo, que estuviera oliendo el polvo que quedaba suspendido en el aire cuando el enjambre de chiquillos salía

corriendo, sus cuerpos sudorosos confundiéndose con el olor suave y húmedo de la selva; le parecía recordar aún la cara de sorpresa y de abatimiento que debió de quedársele el día que le anunciaron que Gabriel, su mejor amigo, ya no acudiría más a la pequeña escuela.

Siempre juntos, siempre iguales. La diferencia que existía entre ellos era que Antoine continuó sus estudios, Gabriel no. Debido a su afán aventurero los dejó plantados antes de cumplir los veinte años. Llegó a Europa a través del desierto del Sahara. Desde entonces perdió su rastro hasta el día en que recibió una carta suya.

Antoine consideraba su presencia como un alivio. No sabía lo que hubiese hecho si Gabriel no hubiera venido a esperarle. Odiaba llegar a un lugar y que no le esperara nadie, pensaba que era lo peor que podía pasarle a cualquier viajero.

Le saludó de nuevo como queriendo que notara su presencia.

Recogió su maleta y sin deshacerse de su sonrisa avanzó hacia el control de llegada.

Su amigo, que no había perdido ni un sólo detalle de sus movimientos, esperaba con aire jovial y un viejo abrigo enrollado en el brazo.

-¡Eh, eh, Hola! ¿Qué tal el viaje? ¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo sin vernos! -dijo Gabriel estrechándole entre sus brazos.

-¡Si, mucho tiempo...! -respondió entusiasmado-. Bueno, ...el viaje bien, aunque ¡casi pierdo el avión! Llegamos con mucho retraso a París.

-A ver, dime ¿cómo van las cosas por allí, por nuestra tierra? -siguió Gabriel mientras le tendía el viejo abrigo que Antoine se puso de inmediato.

-Pues, hombre ¡qué quieres que te diga! las cosas van mal; lo mires por donde lo mires, están bastante mal. ¿Y tú qué tal?

-Digamos, que... bien, bastante bien -respondió Gabriel con aire de suficiencia.

Terminó de ponerse el abrigo. Venía vestido con ropa de

verano, chaqueta de color marrón ligeramente descolorida y una camisa nueva, estrenada quizás para esta ocasión. El pantalón, más o menos moderno, de pinzas, ajustado a la cintura, recaía sobre unos zapatos negros relucientes. El conjunto le daba un aspecto más rechoncho de lo que era en realidad. El abrigo, grande y grueso con el cuello de piel de dudosa calidad, no le quedaba muy bien. Con esa ropa su constitución menuda y delgada adquiriría un aspecto gracioso.

Se encaminaron hacia la puerta de salida charlando. Formaban una pareja desigual; Antoine, de hombros rectos, la cara afilada, las piernas largas, caminaba sin mirar por donde pisaba, la mirada abarcando todo cuanto podía; Gabriel, de rostro fuerte, la frente alta y mandíbula cuadrada, gesticulaba de vez en cuando al hablar buscando la explicación adecuada, el ademán preciso. Al menor detalle de la conversación estallaban en grandes carcajadas dejando aparecer de sus anchas bocas unos dientes blancos y bien alineados.

Fuera hacía frío. Antoine tenía frío a pesar del abrigo. Echó un vistazo al termómetro del aeropuerto, marcaba dos grados.

Llegaron al aparcamiento y recogieron el coche, un Talbot ciento cincuenta, antiguo, de color gris, que se resistía a arrancar. Después de varios intentos, el motor se despertó provocando una ruidosa expulsión de aire seguida de una columna de humo, mientras el interior del vehículo, heladísimo, se convertía en una sinfonía de pequeños ruidos, crujidos del chasis que concedían caprichosamente una tregua a cada golpe de acelerador.

Abandonaron el aeropuerto. El viejo Talbot, que parecía demostrar sus capacidades, circulaba ahora, seguido de la intensa humareda del tubo de escape, por la Eme Cuarenta, dejando atrás barrios, urbanizaciones y secos prados de piel agrietada y pelada por el frío. Su carrocería chirriaba. Daba la impresión de que iba a descuajaringarse con los violentos acelerones que le propinaba el conductor.

Antoine que, en los dos últimos años había aplazado más de una vez este viaje a occidente, estaba encandilado ante la vista que le ofrecía el entorno. A través de las ventanillas de esta vieja máquina vibrante veía desfilas ante sus ojos, ávidos y llenos de emoción, los edificios tres veces más altos que los que había visto en su vida, torres, innumerables torres, en un horizonte nublado, que se asemejaban a gigantescas escaleras desproporcionadas; torres, algunas inclinadas, que parecían besarse y despertaban en él el deseo de querer visitarlas. Quiso, al ver que se alejaban hacia el norte y dejaban atrás este maravilloso y desconocido paisaje urbano, preguntar a su amigo porqué no se acercaban al centro, aunque fuera un instante, para visitar la ciudad. Abrió la boca pero se resignó ante el zumbido del motor, pensó que no debía de precipitarse, pues tenía todo el tiempo del mundo.

Aunque Madrid presentaba el aspecto de una ciudad con la cara seca y árida mordida por el frío y exhibía una orografía de hermosas llanuras sin vegetación, aspecto que no se podía comparar con el de su ciudad natal, la capital de su país, estaba impresionado por el armónico entorno, por el gentío cosmopolita que iba y venía, atravesando, de cuando en cuando, los pasos de peatones bajo la mirada impasible de los conductores que esperaban a que los semáforos se pusieran verdes, por las calles limpias, bien trazadas, meticulosamente barridas y conservadas, por los jardines llenos de centelleantes flores, por el césped cuidado con esmero en ciertas urbanizaciones, glorietas, parques, en fin, por el orden que reinaba en el entorno. Le parecía que todo y todos seguían las órdenes repetidas y constantes de un guardia urbano invisible.

Gabriel redujo la velocidad del vehículo para salir de la autopista y entrar en una carretera secundaria. Esto provocó que el motor hiciera aún más ruido del que ya soportaban dejando, en el interior de la cabina, un zumbido que se resistía a desaparecer.

-A ver, dime, ¿qué te parece todo esto? ¿Diferente, no? -dijo Gabriel casi gritando.

-¿Cómo? -preguntó a la vez que se acercaba.

-No, nada, nada ...te preguntaba que qué te parece -insistió Gabriel mientras atizaba vigorosos golpes a la palanca de cambio intentando cambiar la velocidad que se rebelaba a entrar.

-No sé qué decir. ¡No tengo palabras! Tengo la sensación de estar en otro mundo -exclamó Antoine sacudiendo la cabeza hacia uno y otro lado sin separar su cara de la ventanilla como queriendo aprovechar al máximo este paisaje distinto, hermoso y exótico.

-Mañana te llevaré a dar una vuelta por la ciudad. Hoy no podemos, ya te contaré -dijo mirándole de reojo.

Mientras que el coche reemprendía la marcha, Gabriel siguió, esta vez vociferando, el molesto ruido del motor había vuelto a asediar la cabina, reduciendo a la nada no solamente la sonoridad del radiocasete que se desgañitaba esforzándose en amortiguarlo sino la posibilidad de cualquier diálogo entre sus dos ocupantes.

-No te lo vas a creer, pero Madrid es más bonita de noche que de día. Es una pena que no podamos dar una vuelta esta noche.

-Bueno hombre, no te preocupes, cuando tú puedas -contestó Antoine en el mismo tono.

Se desinteresó un momento del paisaje, que continuaba desfilando, para mirar a su amigo como si esperara una contestación. Éste resolvió la conversación asintiendo con la cabeza.

Notaba algo raro en la actitud de Gabriel. Su mirada, con un poso de tristeza, se hacía cada vez más huidiza. Antoine conocía su gracia contando chistes, anécdotas divertidas. Esta actitud, como reprimida, le causaba una extraña sensación, pensó que, quizás para sorprenderle, él era capaz, había decidido gustarle una broma con este viejo coche.

Giraron a la derecha, hacia una calle bordeada de árboles enanos y desprovistos de follaje. Las inclemencias del tiempo

habían acabado por hacer de las suyas, consiguiendo una imagen de paisaje desolado, de árboles con troncos de resea corteza, de ramas desnudas que se elevaban hacia un cielo indeciso y ausente.

Abandonaron esta calle por otra mucho más estrecha sin árboles. Siguieron a lo largo de la misma, todo recto y, por fin, pararon delante de un bloque de edificios, todos de la misma altura, la misma configuración y el mismo número de plantas.

Interpretando la reacción de su amigo, comprendió que habían llegado. Gabriel fue el primero en apearse seguido de Antoine que recogió su maleta. El anfitrión cerró el coche y los dos fueron hacia un portal que Gabriel abrió invitándole a pasar.

Mientras subían las escaleras, Gabriel, que era el prototipo mismo del orgullo, orgullo de la mayor parte de los Benguistes que no se dan jamás por vencidos ante ninguna situación, iba reflexionando sobre su comportamiento y se reprochó su lado verdaderamente vil ante algunas mentiras que había mantenido hasta aquí y que, en cierta medida podía perjudicar a su amigo de la infancia. Consciente de las dificultades existentes en la obtención del visado de salida, jamás pudo imaginar que Antoine conseguiría esa autorización. Se preguntó si debería decirle la verdad. Rechazó la idea.

El piso que Gabriel ocupaba con sus tres amigos, era de alquiler. Situado en la cuarta planta del número 12 de la calle D. Bertoncini, sus ventanas se abrían hacia un inmenso solar desnudo, colindante con la carretera Madrid- Burgos.

Abrió la puerta y le animó a entrar. Se paró un momento en el angosto vestíbulo, se quitó el chaquetón mientras Antoine se dirigía hacia el salón. Al entrar se quedó petrificado hasta tal punto que el ruido que hizo la maleta que llevaba en la mano, al caer y aplastarse contra el suelo, no fue suficiente para sacarle de su estado de conmoción. Sus grandes ojos negros recorrieron toda la sala como queriendo memorizar bien todos sus rincones.

No podía creer lo que estaba viendo. Recordó haber visto



algo semejante una vez en un documental sobre favelas, un reportaje en el que el periodista, para describir aquello, había utilizado la palabra cuchitril. Era un tugurio mal pintado y peor conservado, compuesto por cuatro dormitorios, una cocina nada moderna, un salón de configuración indeterminada, de paredes desnudas y sucias cuyas manchas negruzcas se repartían de manera caprichosa e incontrolada por algunos rincones. Tenían como único adorno un cuadro de tamaño mediano, sin firma, que representaba un paisaje campestre. En el centro del techo había una bombilla de sesenta suspendida de un cable. Los muebles, viejos y usados, desconchados por los bordes, presentaban señales de haber sido restaurados con mal ejecutadas pinceladas de barniz como si el restaurador tuviera un secreto rencor hacia la madera. Un armario antiguo, dividido por unas tablas deformadas, servía de biblioteca donde aparecían, de forma dispersa, algunos libros y revistas atrasadas. Un televisor con dos antenas, como las de un marciano llegado del espacio, daba un toque de modernidad a este ambiente cargado por un desagradable olor a tabaco y a humedad. Justo enfrente de la insólita biblioteca se hallaba un sofá-cama y una pequeña mesa rectangular de madera mala, la parte superior enmarcaba un trozo de mármol, de mala calidad también. El conjunto reposaba sobre una alfombra persa, de imitación, muy desgastada.

-Puedes dejar la maleta en mi habitación -dijo Gabriel, desde el estrecho vestíbulo-. Es la primera a la derecha.

Antoine seguía erguido, de pie cerca de la puerta de entrada como si sus pies fueran de plomo. Gabriel, acercándose a él, le dio unas palmaditas en la espalda para sacarle de su repentino y aparente letargo.

-¡Ah! Si, perdona. ¿Dónde dices que está tu habitación? -Preguntó, con la voz atezada por la asombrosa imagen del salón, a la vez que recogía la maleta.

-Ven, sígueme, te voy a enseñar la casa.

Recorrieron todas las habitaciones menos una que tenía la puerta cerrada; todas presentaban el mismo aspecto: desorden, suciedad y abandono. El cuarto de Gabriel, con la ventana de hojas que daba al patio de luces, era el más grande, pero también el más revuelto. Dejó la maleta en medio. Después de una breve vuelta por la casa Gabriel le dijo, forzando una sonrisa:

-Bueno, no sé si te habrás dado cuenta, pero las cosas son muy difíciles aquí. La casa la comparto con unos compañeros. De momento puedes pasar las noches en mi cuarto, excepto cuando tenga visita, ya me entiendes.

-De acuerdo. No hay ningún problema. Estamos en familia.

Aprovechó la relativa tranquilidad que le ofrecía este nuevo lugar de adopción para aclarar sus ideas mientras su amigo se esforzaba en poner un poco de orden en la alcoba.

Antoine carraspeó y preguntó:

-¿De verdad son tan difíciles las cosas?

-Pues, sí. Sí. Bastante difíciles -respondió Gabriel atareado.

-Ya, ya veo.

El recién llegado dejó pasar un tiempo prudencial como si quisiera dar a entender a su amigo que no estaba del todo satisfecho con su cortante respuesta. Después de un momento de silencio, insistió:

-Quiero decir que..., ¿en qué trabajas?

-De momento no estoy trabajando -cortó Gabriel.

-¿Y cómo te las arreglas? Supongo que no se puede vivir sin trabajar.

Se quitó las enormes gafas de concha, echó aliento a los cristales y se puso a limpiarlos con un pañuelo del mismo tono que la corbata.

-Es cierto, no se puede, pero lo llevo lo mejor que puedo. Tengo algunos ahorros y además estoy cobrando el paro -dijo con una mueca de suficiencia.

Antoine le observaba con ojos sorprendidos mientras su mente empezaba a percibir una voz que le advertía de que se había construido un mundo irreal, un mundo lleno de ilusiones, un mundo imaginario que había ido forjando desde las primeras cartas de su amigo hasta el último peldaño de las escaleras que llevaban a su piso. No podía creer que se hubiera hecho la idea de que conocería una vida selectiva, organizada, opulenta, racional, una vida a la europea, una vida que contrastaba, sin embargo, con esta realidad que veía llegar a pasos agigantados, esta realidad que, dura y cruelmente, se comía la vida de Gabriel.

Durante el trayecto del aeropuerto a casa, ya rechazó la idea de relacionar lo que veía con su apariencia. Pero, al final, la realidad hizo que sus ilusiones se desvanecieran y le mostraba desnuda esta miseria sin encontrar suficientes palabras para describirla. Desde luego, a él no le gustaría estar en el lugar de su amigo y tener que justificar esa conducta vergonzosa e ignominiosa.

Recordó que, estando aún en su país, Gabriel le llamaba por teléfono desde España y le contaba lo estupendo que era llevar una vida a la europea: coches, mujeres, viajes por los países comunitarios... Todos estos datos, mezclados, tal vez, entrelazados con otras circunstancias, fueron uno de los motivos que determinaron su exilio.

-Quítate el abrigo –le dijo a Gabriel, intentando cambiar de conversación.

Decidió no hacerlo. Estaba pasando más frío del que había pasado nunca. Tenía las manos congeladas. No sentía las orejas; era como si no las tuviera. Estaban tan heladas que resultaban insensibles al tacto. A medida que pasaba el tiempo, iba empequeñeciéndose dentro del abrigo tan grande.

-¡Qué frío hace! -dijo mientras lanzaba un ligero silbido.

-Deberías hacerme caso -comentó Gabriel sin dejar de

recoger la habitación-. Si no te quitas el abrigo aquí dentro, tendrás más frío cuando salgamos.

-¿Salir? -dijo tiritando-. Ni lo sueñes.

-Bueno hombre, no es para tanto, no hace tanto frío. Ya te acostumbrarás -contestó Gabriel con seguridad.

De todas formas, no le hizo caso: no se quitó el abrigo.